



Homilía fiesta patronal de la diócesis: Virgen de la Merced 24/9/2026

Nos reunimos para honrar a nuestra Madre, celebrando con toda la diócesis la alegría de contar con la compañía, el amparo y la protección de María, bajo el título de la Merced. Ella nos viene acompañando hace tiempo, en la historia de Chascomús, primero como parroquia y en los últimos años, como Catedral, sede de nuestra querida diócesis que se encamina a su jubileo de los 50 años.

Hoy renovamos nuestra alianza con la Virgen. Ella es nuestra y nosotros somos suyos. Alianza que fue sellada con la sangre preciosa de su Hijo Jesucristo, que nos la entregó como Madre en su testamento de amor divino. Nosotros la recibimos como nuestra, en la persona del Apóstol Juan, el discípulo amado, para acogerla en nuestra casa, y proclamarla Reina y Señora de nuestro corazón.

“Esta es la libertad que nos ha dado Cristo. Manténganse firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud” (Ga 5,1). A la Virgen de la Merced se la reconoce como la patrona de la libertad, la Madre de los cautivos que desean vivir libres de todo yugo.

Hoy queremos pedirle que nos libere de tres esclavitudes que nos mantienen encadenados: **la atención cautiva en las pantallas**, el **individualismo** y la **desesperanza**.

Con mucha lucidez e inspiración, nuestro Papa León intuyó que debía decir una palabra clara y contundente para *custodiar la persona humana en tiempos de la inteligencia artificial*. En su encíclica *Magnifica Humanitas* nos advierte: *“No deben subestimarse las formas más sutiles de dependencia vinculadas a la economía digital de la atención, donde las plataformas y los servicios están diseñados para **captar el tiempo y la mirada** de los usuarios, explotando sus fragilidades y **debilitando la libertad interior**”* (MH 170).

No queremos entregar lo mejor de nuestro tiempo a las pantallas que absorben nuestra atención, que muchas veces determinan nuestros pensamientos, decisiones, prioridades y valores. Pedimos a la Virgen la libertad interior para limitar nuestra atención, en una sobriedad digital, utilizando responsablemente la tecnología, evitando no ser manipulados por ella. Queremos custodiar nuestra interioridad, nuestra espiritualidad, para que no nos gane la inercia del *escroleo* constante, de la automatización de las infinitas notificaciones que nos llegan, para abrirlas mecánicamente y dejarnos envolver por las imágenes que nos entretienen en una curiosidad constante y que no nos dejan mucho en el corazón. Sólo vacío y tiempo escurrido... Necesitamos desintoxicarnos de tanto estímulo que nos atonta, nos distrae, nos hace estar informados de todo, pero sin hacer pie ni profundizar en nada. Como un picoteo constante, que entretiene, pero no nutre.

Dice León XIV: *“La omnipresencia de los medios digitales genera una cultura de la inmediatez y la sobreestimulación, que alimenta el cansancio, el aburrimiento y la apatía ante el esfuerzo que supone buscar la verdad”* (MH 139). Muchas veces el tedio y el hastío son la causa de estas búsquedas incesantes de estímulos que, en vez de descansar o de saciarnos, nos generan más apatía, desgano y vacío.

Hablando del rol central de la escuela, nos dice el Papa: *“Es necesario promover una verdadera **higiene de la atención**: ritmos que incluyan silencio, estudio reflexivo, lectura, análisis ponderado; sin estos elementos, la libertad interior puede verse comprometida”* (MH 146). Para ello necesitamos, límites claros, disciplina, orden, para poder ser dueños de nuestro destino y no meros títeres del *“**control social** que la recopilación masiva de datos y el uso de sistemas algorítmicos hacen posible. Cuando cada gesto deja huellas —desplazamientos, compras, relaciones, preferencias— se crea un poder nuevo: el de perfilar, prever y orientar los comportamientos, a menudo sin que las personas tengan plena conciencia de ello”* (MH 171).

Pedimos entonces a la Virgen la libertad frente a los medios digitales, para *no bendecir entusiasmos ingenuos ni alimentar miedos estériles* (cfr. MH 14), para usarlos como lo que son en realidad, instrumentos, medios y no fines...

La segunda esclavitud que queremos reconocer es el **individualismo**. Esta herida fue identificada en las Asambleas zonales recientes, como una de las principales de nuestras comunidades. Este mal nos lleva al aislamiento, a prescindir del hermano, nos hace entrar, según León, en el *“síndrome de Babel”: la idolatría del lucro que sacrifica a los débiles, la deshumanización: construir el futuro excluyendo a Dios y reduciendo al otro a un medio”* (MH 10). En palabras del Papa Francisco: *necesitamos constituirnos en un “nosotros” que habita la casa común* (FT 17), *nadie se salva solo, únicamente es posible salvarse juntos* (FT 32). Con la pandemia del covid, *“se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos”* (FT 32).

Necesitamos, pues, *poner a Dios en el centro y reconstruir nuestros vínculos* (MH 8), para salir de la esclavitud del individualismo que nos encierra y clausura en el yo pretencioso que desea tener más, disfrutar más, aparentar más, al margen de los hermanos. Necesitamos abrir los ojos para reconocer que, **en el Uno, somos uno**, una gran familia universal, llamados a caminar juntos y a salvarnos juntos. Dice León: *“La calidad de una civilización se mide no por el poder de sus medios, sino por **el cuidado que sabe ofrecer, por la capacidad de reconocer un rostro en el otro y no una función**. La capacidad de saber cuidarnos los unos a los otros es una dimensión importante de nuestro ser humano. Esta capacidad se aprende y se perfecciona con la experiencia. Leer cuentos a un niño, acompañar a una persona anciana o hacer acogedor un espacio, son gestos que se viven en un ambiente familiar, pero que nos ayudan a aprender y a interiorizar la importancia del cuidado a nivel social y nos entrenan para **reconocer al otro como persona digna de atención**”* (MH 114).

Ante la próxima visita del Santo Padre a la Argentina, recibimos la convocatoria de ser **bienvenidos todos**, sin dejar a nadie afuera. Reconocemos la urgencia de liberarnos de la esclavitud del individualismo y le pedimos esa gracia a María de la Merced, a fin de ser fieles a lo que el Espíritu nos pide hoy por boca del Papa León: *“¡Cuidemos las relaciones! En una época que tiende a acelerar y a fragmentar, **la carne humana sigue pidiendo ser cuidada y reconocida por manos capaces de ternura, por mentes atentas y buenas palabras**. La cultura digital multiplica las conexiones y ofrece nuevas posibilidades de encuentro; sin embargo, el corazón humano conserva una necesidad irrenunciable de*

proximidad. Invito a **salvaguardar** los espacios y los momentos en que la **presencia física** sigue siendo decisiva: la mesa compartida, la comunidad cristiana que se reúne, la visita a quien está solo, el servicio a los pobres” (MH 239).

La tercera y última esclavitud que hoy presentamos a la Virgen es la **desesperanza**. Ante las dificultades y desafíos de nuestra historia, queremos reconocer “*nuestra vocación a ser, en el tiempo de la transformación digital, no espectadores resignados a las fracturas sociales y culturales, ni simples comentaristas de las ruinas, sino mujeres y hombres que entran en las obras de la historia—laboratorios de investigación, empresas tecnológicas, escuelas, medios de comunicación, instituciones, comunidades locales— para levantar lo que se ha derrumbado y proteger lo que está expuesto*” (MH 241).

La virtud de la esperanza nos hace caer en la cuenta de que somos peregrinos, de que lo valioso requiere tiempo, proceso, perseverancia, confianza, empeño, sacrificio, espera paciente. Frente al fenómeno de la “*rapidación*” (LS 18), la velocidad con la que todo hoy se desarrolla, la esperanza nos anima a dar los pasos necesarios para llegar a la meta, que la vida es bella y vale la pena trabajar para que lo arduo y futuro sea posible realizarlo y alcanzarlo. La esperanza es creer que la Resurrección de Jesús es más poderosa que la cultura de muerte, que el odio, la guerra y la destrucción. Es creerle a Dios que todo va a terminar bien, que la historia está en buenas manos..

Le pedimos a María que nos ayude a amar con todo el corazón este tiempo para hacernos cargo del *tramo de muralla que nos toca reconstruir* (MH 8) y así responder con generosidad al llamado del Papa: “*A todos los fieles católicos, a todos los cristianos, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad les dirijo un vehemente llamamiento: no temamos ensuciarnos las manos en la obra de nuestro tiempo. Como Nehemías, oremos, proyectemos con sabiduría, trabajemos con perseverancia, poniendo a Dios en el horizonte de nuestro actuar y al ser humano en el centro de nuestras decisiones*” (MH 16).

Que la Virgen nos regale la gracia de la libertad de la sobriedad digital a través de la higiene de la atención, la gracia de la proximidad y de custodiar los vínculos y la gracia de la esperanza y del compromiso activo ante los desafíos de nuestra época.

Permítanme concluir con unas palabras muy esperanzadoras de nuestro querido Papa Francisco, que recientemente las hemos meditado en las asambleas zonales:

“*La resurrección de Cristo no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable que provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva! Como no siempre vemos esos brotes, nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos. Esta certeza es lo que se llama «sentido de misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor **seguramente será fecundo** (cf. Jn 15,5). Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor*

*a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida. Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. **Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos** como a Él le parezca” (EG 276. 278. 279).*